

Texto dedicado a María Infiesta y Jordi Mota



Con la inmolación de Brünnhilde, en la escena final del *Ocaso de los Dioses*, Richard Wagner corona insuperablemente el *Anillo*, que es la obra de toda una vida (1848-1874, es decir, 26 fecundos años). Pero Wagner es Wagner y su empeño, que no será nada disparatado calificar de *sobrehumano*, puede compararse al de los constructores de las grandes catedrales del Medioevo -Estrasburgo, Chartres o Toledo-, obreros que trabajaban durante décadas a sol y sombra, sabiendo que, con toda probabilidad, nunca alcanzarían a ver la obra terminada. Y, sin embargo, ellos esculpían la piedra o pintaban un vitral con infinita paciencia, como si en la maestría de su arte se escondiera, nada más y nada menos, el secreto de la eternidad.

Wagner veía, sin dudas, la vida –*su vida*– de ese modo, y luchó con todas sus fuerzas contra la adversidad y la ignorancia de los que pasan por el mundo sin dejar rastro. Después de todo, los frutos son los que justifican la existencia del árbol y Wagner, como un buen roble sajón, ha demostrado perdurar por encima de su siglo, y también del nuestro y los que vendrán. Pero volvamos al *Anillo*:

Acompañados por la fuerza arrebatadora de la música, asistimos a la destrucción de un mundo y una época. Suben las llamas a lo alto de la fortaleza de los dioses como un presagio amenazante de lo que sucederá, mientras la valquiria se apresta a montar su fiel corcel para arrojarlo a las fauces de la hoguera, donde el cuerpo de Siegfried, el héroe sin par, yace cobardemente asesinado.

La voraz furia de Loge consumirá la madera del fresno, pilar del mundo, que los héroes diligentemente apilaron junto al Walhalla, cumpliendo el mandato de su Señor. Arderá el fresno y sucumbirá, junto con la estirpe divina, el elevado palacio que fue construido por medio del fraude y la ambición. Solamente así, aceptando la propia aniquilación, se reparará el daño causado, recobrando el mundo su estado original, su primitiva pureza.

Mientras el fuego lo devora todo, dioses y héroes, enanos y gigantes, rota la maldición, surgen de las olas las hijas del Rhin que vienen a recuperar lo que han perdido. Es entonces cuando en el admirable post-ludio orquestal que describe el cataclismo se oye, entrelazado con el motivo del Walhalla y el de las ondinas, esta gloriosa melodía a cargo de las cuerdas:



Es un tema de una expresividad tan conmovedora, que alcanza con su simplicidad la nota de lo sublime. Podría decirse que musical y simbólicamente con él remata Wagner todo el edificio del *Anillo*. Por supuesto, lo ha cantado Brünnhilde antes de inmolarse, apenas unos compases atrás, en lo que constituye una gigantesca recapitulación de toda la *Tetralogía*. Pero, ¿dónde lo hemos escuchado antes...? Llama la atención que no lo recordemos con facilidad porque, en verdad, se ha oído antes tan solo una vez. Habrá que remontarse mucho atrás, a *La Valkiria*, en el acto tercero, escena primera. Brünnhilde anuncia a Sieglinde que en su seno lleva a Siegfried, el retoño de los wälsungos: por eso debe vivir y será protegida. Ella, la madre desesperada, que hasta hace poco solamente quería morir, llena de un inesperado gozo, exclama:

Franz Stassen:
Götterdämmerung. Städtliches Lindenau-Museum Altenburg.

“¡Oh, la más sublime de las maravillas! ¡Virgen espléndida!

¡A ti, con fiel gratitud, debo yo este sagrado consuelo!”

suelo!”



Su voz es acompañada por los violines, las flautas, los oboes y los clarinetes en una arrebatadora melodía que Hans von Wolzogen, el crítico wagneriano de las *Bayreuther Blätter*, denominó “Redención del Amor” (*Liebeserlösung*). Este motivo, tan hermoso como funda-

mental, aparece aquí y en el final del Ocaso. Tan solo dos veces en todo el *Anillo*... ¡Qué admirable economía!

Wagner, como se sabe, ha desarrollado la arquitectura de su *Obra de Arte Total* de acuerdo a un sistema particular: el de los motivos conductores (llamados así, *leitmotiv*, por Hans von Wolzogen, o *grundthema* por el propio Wagner) que en la Tetralogía alcanzan el centenar o incluso casi dos centenares si se los considera en sus múltiples y sutiles variantes, y que Baudelaire describió metafóricamente como “una selva de símbolos”.

Sabemos también que el Maestro esbozó varios desenlaces distintos para la conclusión del Ocaso. Más allá del final demasiado optimista de diciembre de 1848 o de aquel otro tan pesimista de 1871-2, está claro que, desde la génesis de la obra hasta su versión definitiva de 1874, el tema fundamental del drama es el poder salvífico del amor sobre los poderes corruptos del mundo. No podría ser de otro modo cuando esta idea es la que más ha obsesionado a Wagner, apareciendo una y otra vez en todos sus héroes y sus dramas. El amor que todo lo redime...

Más allá de la indudable influencia de filósofos como Feuerbach, Schopenhauer y Gobi-neau, Wagner siempre creyó por propia intuición que la humanidad podía –y debería– recuperar su pureza (o inocencia) original. Ya sea por culpa de la alimentación carnívora, la corrupción de la sangre o la perniciosa influencia del espíritu mercantilista, esta decadencia tiene su origen moral en el egoísmo, que no es otra cosa que la antítesis del amor. En una carta a Ludwig II (11 de septiembre de 1865), Wagner explica que lo que él entiende por “*redención*” no es el mero conocimiento del pecado, sino la “*redención del Universo*”.

¿Y qué clase de amor será éste, capaz de redimir al Universo...? No es por supuesto el amor que se agota en sí mismo, porque tiene por meta el egoísmo del propio placer. Ese amor que, en palabras de Baudelaire, refiriéndose a *Tannhäuser*,

...es más bien el desbordamiento de una naturaleza enérgica que vierte en el mal todas las fuerzas que debemos al cultivo del bien; es el amor desenfrenado, inmenso y caótico, elevado a la altura de una contra-religión, de una religión satánica.

Por el contrario, aquella fuerza capaz de redimir al Universo es un amor purificado de todo cálculo o mezquindad, liberado del más mínimo beneficio, como el de la madre que se sacrifica por sus cachorros o el del soldado que muere por su patria. Como ya lo ha comentado Feuerbach:

El amor es el vínculo, el principio de mediación entre el ser imperfecto y el perfecto, entre el ser pecaminoso y el puro, entre lo general y lo individual, entre la ley y el corazón, entre lo

Associació Wagneriana. Apartat postal 1159. 08080 Barcelona
<http://www.associaciowagneriana.com> info@associaciowagneriana.com

divino y lo humano. El amor es Dios mismo y fuera del Amor no hay Dios. El amor hace del hombre un Dios y convierte a Dios en hombre. El amor fortifica lo débil y debilita lo fuerte, humilla lo débil y eleva lo humilde, espiritualiza la materia y materializa el espíritu. El amor es la unidad verdadera entre Dios y el hombre, entre el espíritu y la naturaleza.

En vista de este amor se comprende el verdadero sentido de la inmolación de la hija de Wotan. No es por venganza que ella toma la antorcha para encender el fuego que consumirá a los dioses, tampoco es la negación de vivir, en un sentido nihilista. Su heroico destino es derrotar a la muerte en los mismos brazos de la muerte: sólo así se reunirá con Siegfried, rompiendo la maldición del anillo, que resultó impotente ante la fuerza del amor. Ella, que renunció una vez a su divinidad, renunciará también a la vida y a la humanidad. Porque este amor, que en el principio fue el origen de la maldición, el amor egoísta y sensual de Alberich, vino a ser la redención misma, la salvación. Después de todo, Brünnhilde, junto con el héroe al que como mujer amó, expiarán la culpa de los dioses, culpa que estos no supieron reparar, redimiendo así al mundo de todos los errores cometidos. Ellos dos, siendo puros e inocentes, como instrumentos del destino, serán los redentores.

El Maestro lo intuyó mejor que nadie. Es el propio Wagner quien así lo reconoce. En una carta dirigida a August Röckel, fechada el 26 de enero de 1854, dirá:

Siegfried (tan solo un hombre) no es el ser humano completo: es nada más que la mitad; sólo junto con Brünnilde se convierte en redentor. Para el ser aislado no todas las cosas son posibles; es necesario a más de uno, y es con la mujer que, sufriendo y queriendo sacrificarse ella misma, se convierte al fin la redención consciente: puesto que el amor no es más que lo eternamente femenino (das ewige weibliche)."

El Eterno Femenino es un concepto muy caro a Wagner (y a todo el romanticismo alemán, desde Goethe) del que ya se ha ocupado en *Ópera y Drama* (1850-1) y que se encarna en cada una de sus heroínas, desde Ada, protagonista de la primeriza *Die Feen* hasta incluso la arrepentida Kundry en ese canto de cisne que es el *Parsifal*. Dar a la mujer, por cierto, un rol tan preponderante en la obra humana de la redención, es muy revolucionario para su época.

El amor es, para Wagner, el único antídoto contra la muerte, la más grande liberación, el único elemento sagrado en la historia de la humanidad que es capaz de elevarla y trascenderla por encima de su existencia:

Debemos aprender a morir, y morir en el sentido más pleno de la palabra; el miedo al fin es la fuente de toda carencia de amor y tal temor es ocasionado cuando el amor comienza a de-

caer. ¿Cómo es posible que este sentimiento que inspira la mayor bendición a todas las cosas vivientes se halle tan apartado de la raza humana que, al final, todo lo que los hombres hicieron, ordenaron y establecieron, fue concebido sólo por temor a la aniquilación? Mi poema demuestra la razón de semejante hecho.

Carta de Wagner a August Röckel, 26 de enero de 1854.

¡Y vaya que lo demuestra! Pero, ¿en qué sentido? ¿Cómo utopía o como voluntad de aniquilación? ¿Cómo glorificación de la vida o como *Nirvana*? La respuesta se encuentra, a mi humilde entender, en el motivo de la "Redención a través del Amor" (*Liebeserlösung*). Cuando la destrucción lo ha extinguido todo y las sombrías llamas se apagan entre las ruinas, Wagner remata la obra colosal del *Anillo* (26 años de trabajo, recordémoslo) con esta promesa de futuro que nos llena de esperanza. ¿No quiso decir lo mismo en el tercer acto de *Die Walküre*, cuando Brünnhilde anuncia a Sieglinde que lleva en su seno al hijo de Siegmund, Siegfried? ¿No es ésta la manera más hermosa de representar en escena la voluntad de vivir, a pesar de la muerte, a pesar de la propia finitud de nuestra condición?

Schopenhauer dice en *El mundo como voluntad y representación*:

La unión de los dos amantes es en realidad la voluntad de vivir en un nuevo individuo.

De modo que, en un mundo donde nada es eterno, nos vemos obligados a reconocer la inmortalidad, no de los dioses, que deben desaparecer junto con el orden que ayudaron a crear, sino del amor. El pesimismo de Wotan (*Das ende*) da lugar al triunfo de Brünnhilde y Siegfried (*solo el amor es sagrado*) de una forma diferente a la que el Maestro en un principio había imaginado, pero que termina siendo igual de apoteósica:

"Entre las negras nubes aparece un resplandor, en medio del cual Brünnhilde, ataviada espléndidamente para la batalla en su luminoso corcel, guía a Siegfried hasta el Cielo."

Siegfried's Tod. Borrador en prosa (1848).

Me gusta comparar, y esto creo que no se le ha ocurrido a nadie, la pareja Siegfried-Brünnhilde con la de Lif y Lifthrasir, dos humanos de las leyendas germánicas que, ocultos en el tronco del fresno del mundo, fueron respetados por el fuego y sobrevivieron al Ragnarök (Ocaso de los dioses escandinavos) para repoblar la tierra. Sabemos que la idea de la reencarnación no era desconocida para los pueblos indoeuropeos (existen testimonios explícitos

en las leyendas de Helgi), por lo que no me parece tan descabellado pensar en Brünnhilde y Siegfried, la pareja divina, reencarnados como dos seres humanos.

Lo cierto es que con el motivo de la *redención por el amor* concluye el *Ocaso* y todo el *Anillo*. Así, el talento artístico de Wagner como dramaturgo y pensador fue capaz de crear un desenlace tal que logró reconciliar a Feuerbach con Schopenhauer, superándolos. Y no solo eso: supo darle al viejo mito germánico un alcance y significado universal válido para todos los credos y naciones.

No creo que nadie, ni siquiera el más acérrimo anti-wagneriano, pueda permanecer indiferente ante esta magnífica unión de la música y el drama, el sonido y la palabra, el amor y la tragedia. No puedo imaginarme a un solo espectador planeando qué comida va a pedir en cuanto salga del teatro o qué impuestos pagará mañana, salvo en aquellos casos, que lamentablemente hoy son mayoría, donde la puesta en escena resulta tan desagradable y aberrante, que una noche parece una condena.

No importa, sabemos que el futuro no les pertenece a esos, sino a otros. Y así como nosotros, los que en todas partes del mundo nos sentimos hermanados bajo la sombra del gran alemán, guardamos un silencio respetuoso al final de los *Nibelungos*, ellos también permanecerán callados al ver cómo las ruinas del viejo Walhalla se reducen a ceniza y el nuevo Sol disipa con sus rayos la perfidia, el dolor, la oscuridad, mientras en las brumas del terrible apocalipsis resplandece, otra vez unida, la pareja que no se separará jamás.

Así se acaba un mundo, con la melodía más hermosa que un alma humana pueda imaginar. Así se cierra el telón.